

INSPECTORIA  
"SAN FRANCISCO JAVIER"  
VIEYTES 150  
8000 BAHIA BLANCA - BA

Bahía Blanca, 20 de Diciembre de 1982



## *Sacerdote Pedro Giacomini*

Queridos Hermanos:

El día 24 de Junio de 1982 se durmió serenamente en el Señor el Padre PEDRO GIACOMINI, tras sobrellevar dignamente una ancianidad cargada de achaques físicos, síntesis final de una vida colmada de sacrificios y bien de los demás.

Nació en Prata de Pordenone, Italia, el 16 de Abril de <sup>1904</sup>~~1910~~. Sus padres, emigrantes italianos, se radicaron en la ciudad de Neuquén, después de una breve permanencia en Médanos, Provincia de Buenos Aires.

Siendo niño, conoció la Obra de Don Bosco y se relacionó con los primeros Misioneros Salesianos que civilizaron la Patagonia. Prendado por la vocación salesiana y sacerdotal decidió ingresar en las filas de Don Bosco. El 4 de Febrero de 1917 recibió el hábito clerical de manos del Superior Salesiano de las Misiones de la Patagonia, Padre Luis J. Pedemonte. El 27 de Abril de 1920 consagró su vida a Dios, en el estilo de Don Bosco con la profesión religiosa. Concluidos los estudios de Filosofía y Teología, en Turín, se perfeccionó en esta última disciplina eclesiástica obteniendo el grado de Doctor.

El 7 de Julio de 1929 recibió la ordenación sacerdotal, de manos del Cardenal José Gamba, en la Basílica de María Auxiliadora de Turín.

De regreso a la Argentina los Superiores lo nombraron Director del Colegio San Pedro de Fortín Mercedes, centro de formación de toda la Patagonia, y conjunción de afectos de todos los Misioneros.

El joven sacerdote empuñó su entusiasmo y dinamismo en bien de una obra providencial, extendiendo su pujante acción apostólica a las poblaciones de los alrededores. Los años de oro de Fortín Mercedes bien pueden conjugarse con la juventud sacerdotal del Padre Pedro Giacomini.

Concluido el período de Director de Fortín Mercedes, se le encomendó la no fácil misión de Vicario Foráneo y Párroco de Neuquén, cargo que desempeñó con ejemplar competencia durante dos años.

El Padre Giacomini consideró siempre estos dos brevísimos años de Neuquén como una delicadeza de la Divina Providencia, que le permitió de esta manera asistir en sus últimos momentos a su querida y buena mamá.

En 1939 el Rector Mayor de los Salesianos lo nombró Inspector de la Inspectoría de San Miguel, con jurisdicción sobre la Patagonia Austral Argentino-Chilena y, casi simultáneamente, la Santa Sede lo designó Administrador Apostólico "Sede Vacante" del Vicariato Apostólico de Magallanes (Chile).

El Padre Giacomini, ahora Monseñor Pedro Giacomini, de treinta y cuatro años de edad, debe multiplicarse en medio de dos difíciles tareas: Superior de una Inspectoría binacional (Argentina y Chile) y Prelado de la Iglesia de Chile, en una acción pastoral eclesial y salesiana. Monseñor Giacomini dio todo lo que su amor a la Iglesia y a la Congregación le inspiraba y al cabo de nueve años de Administración entregó una Diócesis formada, que pudo contar con su primer Obispo chileno. Monseñor Pedro Giacomini fue el último arquetipo de una falange de religiosos salesianos que en la genial impronta de Monseñor José Fagnano consiguió dar cima a una tarea formidable inspirada por San Juan Bosco, como fue la conquista de la Patagonia para la fe católica y la civilización.

Con el Congreso Eucarístico Nacional de Magallanes, realizado en Punta Arenas entre los días 6 y 10 de Febrero de 1946 (la tarea más grande que se impuso Monseñor Pedro Giacomini) logró culminar una etapa histórica del catolicismo regional.

Gran lector, había adquirido una vasta cultura a través de obras fundamentales de carácter histórico, geográfico y científico sobre Magallanes y la Patagonia en general; todo ello sumado a la notable capacidad de observación y a una aguda percepción de los cambios que el tiempo habría de imponer en lo social y en lo económico, hicieron del Padre Giacomini un admirador de Magallanes y un convencido irreductible de la futura prosperidad de ese rincón austral. Por eso escribió en revistas científicas de Chile y Argentina acerca del porvenir de Magallanes, y llegó a concebir ideas "revolucionarias", tales como la formación de una Academia Científica Magallánica, germen de una futura Universidad Salesiana del Sur.

Hombre de visión, se adelantó a la época; por eso su andar dejó una huella profunda que aún hoy se advierte en el campo pastoral y cultural de la próspera Provincia Sureña de Chile.

En 1948 fue designado Inspector Salesiano de Ecuador. Su primera pre-ocupación como Superior y Padre fue la cualificación del personal salesiano y la renovación misionera, orientada hacia una mayor eficacia en la evangelización y promoción del indígena.

En busca de nuevas posibilidades económicas que permitieran reorganizar la infraestructura inspectorial, se jugó, en aras de la creatividad; pero intereses foráneos no le permitieron ver realizados los sueños de su noble corazón.

Ecuador ocupará un puesto privilegiado, pero silencioso, en el corazón del Padre Giacomini, cual tierra que amó sin poder llegar a cultivar.

En 1952 se abrió un nuevo ciclo en la vida del Padre Giacomini. Radicado en Buenos Aires, entregó todo su talento de escritor al periodismo salesiano. Las Lecturas Católicas, fundadas por Don Bosco, necesitaban un "aggiornamento". La revista mensual "Cruz del Sur" fue la respuesta que el dinámico Padre Giacomini dio a las nuevas exigencias de los tiempos y durante quince años, con constancia admirable, la dirigió personalmente.

En 1967 regresó finalmente a Bahía Blanca, donde se desempeñó como Director del Colegio Don Bosco y Vicario Inspeccional.

Los últimos años los volcó plenamente a la dirección espiritual del Instituto Secular "Madre Mazzarello", encontrando en esta nueva misión el medio providencial para hacer de su achacosa ancianidad el apostolado patriarcal que su alma necesitaba.

Hombre de acción, el Padre Pedro Giacomini deja tras de sí una estela de obras dignas de la epopeya salesiana que plantó la Iglesia en el sur.

Sacerdote bueno y ejemplar, dio a la Iglesia, con el estilo de Don Bosco, todo su amor, hecho caridad, y una vida consagrada en constante proyección de noble amistad hacia todos.

Quisiéramos ahora resumir brevemente algunos rasgos de la espiritualidad del P. Giacomini, aunque debemos reconocer que están lejos de agotar la riqueza de dones con que el Señor lo fue dotando a lo largo de toda su vida.

El P. Pedro era hombre que irradiaba paz; una paz inalterable y profundamente cristiana. En efecto, no desconocía los problemas, no los evadía, pero sabía penetrar más allá de la superficie, sabía mirar el fondo de los acontecimientos desde la perspectiva de la fe. Por eso, ninguna contradicción era suficiente para turbarlo. Por encima de las reñiegas y tempestades de la historia, estaba el Señor de la Historia, en quien él había depositado toda su confianza.

Fruto de esta paz era su invencible optimismo y su espontánea alegría. Una alegría que se comunicaba con la mayor naturalidad en el chiste, la ocurrencia graciosa, su habilidad para encontrar siempre el lado bueno de las cosas. Y un optimismo que lo llevaba constantemente a animar, alentar, consolar, aceptar y tener una actitud abierta y positiva ante el futuro.

Por eso, el Padre Pedro fue un trabajador extraordinario y una surgente inagotable de iniciativas. Se destacó en los variadísimos campos del ministerio en que le tocó actuar: desde la docencia a la predicación y confesión, desde la prensa a la animación de sus hermanos como Superior. Pero actuaba movido por aquella caridad pastoral que manaba constantemente de la Fuente, de la que él se abrevaba todos los días y a la que permanecía constantemente unido.

Y esta caridad tuvo múltiples expresiones: su generosidad para dar sangre (que afectó seriamente su salud), su capacidad para perdonar y olvidar, su trato bondadoso y exquisito que le granjeó en todas partes innumerables

amigos, su permanente disponibilidad para el ministerio sacerdotal (en sus últimos años, ya con serios achaques, insistía en ir a confesar a una Capilla de Barrio).

Pero, el fundamento último de su espiritualidad fue su filial abandono en las manos de Dios. Por eso, su paz. Por eso, su alegría. Por eso, su celo apostólico, que en los últimos años se convirtió en el ofrecimiento diario y consciente de sus sufrimientos y su oración. Estaba convencido que Dios es Padre y que quería lo mejor para él, como para cada uno de sus hijos. Y en toda su larga trayectoria como Confesor y Director Espiritual sembró siempre esta semilla entre los creyentes que acudieron a él.

El Padre Pedro Giacomini ha respondido, con el entusiasmo y la alegría de siempre, al llamado del Padre para el encuentro sin término. Nos queda el recuerdo de su bondad, para nuestro estímulo y modelo.

Pedimos oraciones por su descanso eterno.

Recen también por las necesidades de esta Inspectoría.

Quiera Dios multiplicar en la Congregación las vocaciones del estampo del Padre Pedro.

LA COMUNIDAD INSPECTORIAL  
DE BAHIA BLANCA.

